

TRAS EL ÚLTIMO DISPARO

Terminó la Guerra Civil. Empezó aquella que consistía en el constante sacrificio que suponía llevarse un pedazo de pan a la boca. Las armas no prosiguieron, sí la protesta de los inocentes malparados; entre ellos, María Dolores y su familia, que vivían en un pequeño pueblo en las entrañas de Sevilla. Entonces no había balas; no era necesario el plomo para causar daño. El 1 de abril de 1939 la guerra llegó a su fin, pero la lucha no hizo más que comenzar.

Las tablas colocadas en el suelo que tapaban los tramos en los que no había losa estaban cada vez más sueltas, lo que provocaba que caminar por la habitación se tradujera en un juego de equilibristas. La casa era una batea vieja situada en la calle más antigua del pueblo, frente a la iglesia, y no relucía especialmente por la belleza de su fachada, pues la pintura seca, por zonas, se caía a pedazos. Esta constaba de una salita de estar pequeña justo en la entrada, donde había dos sillones y una mesa con fotos familiares en blanco y negro; seguida de una cocina que tenía lo exclusivamente necesario para comer caliente (cuando se comía); un baño medio caído cuya ducha era una manguera verde y grasienta enrollada en la pared; y, por último, al fondo, una habitación que se hacía baja conforme se avanzaba, debido a la inclinación del techo. Allí dormían cada noche ocho personas, y se tenían que desplegar varias sombrillas viejas, de colores cada vez menos vivos, para retener el agua que caía por las goteras del techo. Las camas estaban hechas por seis listones de manera: dos en forma de cruz, en cada uno de los extremos, y otros dos que los unían, en cada lateral, mediante guitas viejas y pasadas. Al frío se hacía frente con harapos, enaguillas de la mesa camilla de la salita de estar o chaquetas gordas que se utilizaban para ir a trabajar al campo. Y sólo había un colchón, del que era dueña la abuela.

Aunque la luz del sol llega directa, traspasando el visillo de croché de una ventana que colinda con un gran patio de flores, María Dolores, de 88 años, se tapa con unas enaguillas que ya, pasado el tiempo, no usa para la cama. Con las manos entrecruzadas sobre la mesa redonda de su cocina, sujeta un rosario azul y plateado que reza tres veces al día, y respira hondo recordando aquella infancia tan dura que cada día cuenta a su nieto Daniel, de 5 años. Una infancia en un pueblo sevillano de unos 3.000 habitantes.

Así era la vida de la mayoría de familias rurales andaluzas tras la guerra que

poco antes había enfrentado a sublevados y republicanos en España. Una España taciturna. Una España que lloraba en blanco y negro.

No hay guerra tan dura como la que viene tras ella. Estas no terminan el día en que se deja de pelear. Su final no es un punto de inflexión a partir del cual todo cambia. Lo peor es la consecuencia, lidiar con lo que viene, siendo esta la parte más dura, donde la inocencia y el sufrimiento se constituyen en una relación desgraciada y directamente proporcional. Si la Guerra Civil arrebató unas 600.000 vidas de españoles en la contienda, la posguerra no se quedó corta, pero, la causa principal, esta vez, no era otra, sino el hambre, palabra que resuena dentro de los que hoy siguen recordando esa etapa. “Mucha hambre”, es lo que afirma María Dolores cuando su curioso nieto se sienta frente a ella y muestra un inocente interés mientras apoya los codos sobre la mesa, se sujeta la cara con las dos manos y le pregunta por cuando tenía su misma edad. Antes de responder, respira hondo y dirige su mirada hacia la ventana.

–Se puede vivir sin *dineros*, pero no sin corazón –reflexiona, mientras le devuelve la mirada a su nieto–. Y a falta de *dineros*, al menos había que tener buen corazón. Era lo único bueno que se podía tener, al menos nosotros. Y otra cosa, que haber, había poco, pero menos necesitábamos. Cosas tan simples como cantar una canción, darse un abrazo o beberse una copa de vino en compañía, eran, vamos, un tesoro –continúa.

Entre esos elementos “simples” se encontraba la familia. Afortunadamente, la de María Dolores era muy numerosa y, aunque repartida, muy unida a la vez, pues la unión no siempre viene dada por la presencia física. Tenía nueve hermanos, aunque una de ellas, Isabel, falleció a los cinco años por una enfermedad. Los demás: Pascual, Carmela, Francisco, Antonio, Gregorio, Juan José y Manolo, se criaron trabajando en el campo, intentando traer algo de dinero para la casa. Entonces, el jornal se cobraba a 15 pesetas.

La Semana Santa era una época muy especial para la familia, pues casi todos formaban parte de alguna hermandad del pueblo. Dos de sus hermanos y su marido pertenecían a la característica y visual Centuria Romana. La vestimenta de “los romanos” del pueblo (así eran llamados coloquialmente por los paisanos) constaba de un vestidillo blanco con cenefas romanas en los bordes, unos leotardos blancos que cubrían las piernas de los soldados y unas botas altas rojas de piel con borreguito blanco en la parte de arriba. Además, como complementos, poseían unas manoplas, hombreras y cinturón de cuero marrón y monedas doradas, una coraza de oro con un águila

imperial en el centro y una capa de terciopelo rojo. La armadura culminaba con un casco dorado adornado por un plumero blanco en su parte de arriba; casco que contaba con celada, una pieza rajada que cubría el rostro de cada soldado. –Todos los Jueves Santo, mis hermanos tenían que llevar las ropas, ya preparadas para las procesiones, al cuartel. Como siempre quedaba algún detallito por arreglar, mi hermana Carmela y yo íbamos, con aguja e hilo, a ayudar con las ropas y los imprevistos. ¡Qué habrían hecho muchos romanos sin nosotras! –reivindica María Dolores.

Otro de sus hermanos era un excelente músico y cantante. Durante las distintas estaciones de penitencia, iba cantando de misterio en misterio, dedicándole saetas a cada una de las tallas. Fue fundador de la Agrupación Musical del pueblo, director de la banda de Cornetas y Tambores de una de las Hermandades y, en su época de juventud, miembro de una orquesta que repartió música por todo el mapa español.

En ese momento, María Dolores hace un gesto de haber recordado algo, se levanta y, ante el asombro de su nieto, se apresura hacia el salón. Allí, abre uno de los cajones del aparador de madera y muestra una cinta de casete que data del año 1978. Al ponerla en el antiguo reproductor que reposa sobre la mesa donde está sentada, se escucha a una mujer mayor hablar: *¡Qué bien me lo he pasado! Ha venido mi Juan José, con su banda, a la plaza a tocar, y mis hijos me han llevado en coche a verlo ¡Estuvimos allí hasta las cinco de la madrugada!* –Esta es mi madre –descubre contenta. Se trataba de un día de las fiestas patronales donde, para su sorpresa, la banda de su hijo había ido a tocar a la plaza del pueblo. –La grabación se la hicimos el día siguiente, que nos juntamos la familia, para enviársela a nuestros hermanos que estaban fuera –aclara. Estos eran Gregorio, que vivía en Asturias; Pascual y Manolo, en el País Vasco; y Carmela, que residía en Córdoba–. *Escribidme, escribidme, aunque yo no lo haga, que llevo ya casi un mes sin saber de vosotros. Yo no puedo, porque estos están todo el día trabajando y no pueden escribirme la carta, pero vosotros hacedlo para mí*, finaliza la grabación.

Ella se llamaba Rosario, pero no sólo era quien la trajo al mundo, también era su amiga, su defensora, sus pies y sus manos, su cabeza, su balanza entre lo bueno y lo malo y parte de su pensamiento. Detrás de la dulzura que expresaba el contraste entre su pelo oscuro como la noche, su tez blanca y los matices colorados de unas mejillas siempre encendidas, había todo un huracán. Un huracán que arrasaba con la tarea de sacar adelante a ocho hijos, cuidar de su madre y, además, de hacerlo con un buen

humor impropio de las condiciones en las que se desarrollaba su vida. Cuando tocaba enfadarse, lo hacía – y mucho –, pero su sonrisa era el halo que guiaba a la familia. Ella era el estandarte; principio y fin. En su casa, aunque sin dinero, nunca faltó un plato de comida para nadie. Ni a sus hijos, ni al que viniera de fuera; porque de compasión también iba sobrada, la buena de Rosario.

–Mi madre era la que tenía que ir pidiendo comida por los cortijos del pueblo. Cambiaba azúcar que ella llevaba por garbanzos, aceite o pan que les sobraba a las familias más pudientes. Mi hermana Carmela y yo, que sería poco más grande que tú, servíamos en casa de otras familias del pueblo, fregando, haciendo sus mandados, limpiando corraletas de cochinos o amasando pan, montadas en un cajón para poder alcanzar a la mesa –cuenta María Dolores–. Tenía callos en las rodillas de limpiar el suelo.

Daniel, al escuchar a su abuela, abre los ojos, sorprendido, y si cambiar la postura en la que se mantenía escuchando, pregunta –¿Cuánto te pagaban, abuela?

–¿Cuánto? –responde indignada la abuela– Me pagaban con lo único que necesitaba: un pedazo de pan para llevarme a la boca. El único jornal, por aquel entonces, era comer y no congelarse en invierno. A veces –prosigue–, cuando la hija de los señoritos se compraba unos zapatos, me daban a mí algunos que se le habían quedado chicos o ya estaban viejos. Y también me han llegado a dejarme zapatos nuevos para que yo los amoldara. A mí me daba mucha envidia, pero, en fin, eran los únicos de tacón que yo tenía cuando era mocita.

Tras unos segundos de silencio, la cinta de casete comienza a sonar de nuevo y una voz rasgada, profunda, y hasta un tanto cansada, sorprende a María Dolores y su nieto: *Allí no hay más que llegar, no necesitas parné, a cualquiera preguntar, ¿Qué tiene usted de comer? Tengo balas en estofado, bayonetas en puchero, fusiles eviscerados, pólvora frita con huevos. Cañones en ensaladilla, proyectiles con arroz, y bombas fritas con papas que están mejor que el jamón.* –A María Dolores se le cae una lágrima porque Antonio, su padre acaba de llamar a la puerta de su vieja memoria. Hacía tiempo que no la visitaba y hoy, por sorpresa, ha encontrado esa grabación suya de cuando militaba en la Guerra de Marruecos. A Daniel, atónito, también se le han cristalizado los ojos. Con cinco años, acaba de descubrir lo que es llorar por emoción.

Antonio era un hombre alto y fuerte, curtido. Su pelo, transformado en blanco desde

temprana edad, combinaba a la perfección con unos imponentes ojos verdes oscuros. Tenía un torso prominente y unas manos grandes y anchas, un tanto estropeadas por haberlas trabajado tanto. Su primera apariencia podría ser la de un hombre duro. En cambio, y sin dejar de serlo, su escudo superficial tapaba el interior de una persona sentimental, protectora y bondadosa. Antonio ponía a su familia primero y se sacrificaba por y para ella. Quería mucho a sus hijos y no le importaba ceder de sí para el bien de ellos. Era un hombre que expresaba el amor en detalles: de dejar el desayuno preparado, el sitio al lado de la candela, el líneo menos frondoso, la silla más cómoda, un rato más en la cama, bajar antes al pueblo... Regalos camuflados y enteramente altruistas que reflejaban el amor que sentía por los suyos.

María Dolores, a continuación, se vuelve a levantar trabajosamente de la silla y acude al frigorífico. Saca un tetrabrik de leche y comienza a llenar un vaso que coge del altillo. Se lo deja delante a su nieto junto con un paquete de galletas y, sin mediar palabra alguna, este sabe que ya es hora de merendar. –Cuando el hambre apretaba, bastaba lo que sea – reanuda su historia mientras su nieto moja la primera galleta en la leche–. Todo lo que pudiéramos hacer para llevarnos pedazo a la boca, teníamos que aprovecharlo. Aunque fueran cosas que no están bien hechas. Era eso o nada... –señala la abuela, a la vez que advierte a su nieto de que nunca haga lo que ella hizo.

Cuando era un poco mayor (unos 12 años), María Dolores salía a la alameda con Juan José, uno de sus hermanos, a robar espigas, sobre la hora de la siesta. –Las echábamos en una talega para, después, a la tarde, desgranarlas, limpiarlas y cocinarlas para cenar–. También se dedicaba a robar zanahorias de los huertos con su prima hermana, Araceli. – Mi prima esperaba en la puerta del huerto y yo, como era la más valiente, cogía las zanahorias y las metía en el primer sitio donde *pillaba*: en los bolsillos, en los pantalones, en los calcetines... Cuando venía el dueño del huerto, que nosotras le decíamos “El gordo”, mi prima me decía en bajito: “nena, que viene ‘El gordo’”. Entonces parábamos y echábamos a correr –. Pero una vez, el plan no funcionó –Había llovido ese día, y cuando escuché el grito de mi prima, me escurrí y caí dentro de un estanque de agua. “El gordo” me sacó de allí *perdidita* de barro y nos llevó a mí y a mi prima fuera del huerto. Y a su mujer, que también salió de casa porque se enteró con tanto reboleo, se le ocurrió dejarnos sin ropa, para tener que irnos a nuestra casa encueros. Menos mal que él dijo que no, ¡que bastante teníamos con ser pobres!–, recuerda, ahora riendo y negando con la cabeza, María Dolores. –Eso sí; mi madre, al día siguiente, fue a ver a la señora esposa de “El gordo” y, con toda la mala leche que

tenía cuando quería, le soltó: “permita Dios que nunca veas a tus hijos *esmallaos*” –, concluye la abuela ante su nieto, que ríe cuando le admite que, del miedo que le cogió a ese señor, corría a la cama cuando su padre gritaba su nombre. Daniel se acaba de comer todo el paquete de galletas.

Pasado el tiempo, Antonio, padre de María Dolores, comenzó a llevarse a sus hijos a trabajar al campo, durante la temporada de la aceituna, en las tierras del cortijo “Los Olivares”. Allí, su familia y varias personas más se hospedaron durante vario tiempo para laborar, en una época donde parecía que la situación iba mejor para ellos. Entonces, corría el año 1950 y María Dolores era ya una adolescente. –Trabajábamos de sol a sol, pero ya teníamos un pedazo de comida que llevarnos a la boca –recuerda con esperanza la protagonista.

El Cortijo “Los Olivares” era un emplazamiento rural, propiedad de la quinta generación de una familia pudiente de Sevilla capital, situado a pocos kilómetros del núcleo de población más cercano, a unos 20 minutos en coche del pueblo de María Dolores. Era una casa grande, que se divisaba a lo lejos, en el punto más alto de una colina, rodeada de 104 hectáreas de olivos que un grupo de entre quince y veinte personas trabajaban cada año.

Un largo camino rodeado de olivos descendía por la ladera de la colina hasta llegar a la parte baja, donde una gran puerta de hierro verde oscuro hacía de límite con la carretera. Por la parte de arriba, el sendero desembocaba en un pequeño patio delantero en el que dos pinos altos daban la bienvenida. Dos mesas de piedra formaban una especie de merendero desde el cual se divisaba un paisaje maravilloso formado por un mar verde, en un primer plano; y los pueblos cercanos, al fondo.

El cortijo estaba formado por dos naves principales: una, a modo de almacén, donde se guardaba toda la maquinaria, herramientas y productos agrícolas que servían en el día a día; y otra, la casa en sí, pegada a la primera. La entrada a la casa era una gran puerta de madera de roble robusta que daba directamente a un gran salón que ocupaba toda la parte frontal del edificio. Una habitación tan grande como luminosa, gracias a los dos ventanales centrales y a la puerta de cristal que conectaban directamente con el patio interior. Había una mesa larga donde todos comían cada día, rodeada de sillas de madera y varios cuadros de jornaleros trabajando en el campo adornando la blanca pared. Una candela presidía la sala en uno de los fondos de la habitación, junto a la puerta que llevaba al almacén. En el otro extremo, se encontraba el paso a la cocina, ya

en el ala izquierda del cortijo. Una cocina grande, espaciosa, con los fogones y la campana en la parte central, comunicada con una despensa de igual amplitud. En el ala derecha se ubicaban las habitaciones de los mayores, que contaban con mayor dimensión y, al fondo, la cuadra, donde estaban las gallinas que se criaban en el cortijo. La planta de arriba sólo estaba ocupada por el resto de las habitaciones, las correspondientes a los trabajadores más jóvenes. El gran patio central era presidido por dos grandes árboles limoneros que daban sombra. Durante los sábados de verano, salían allí a comer el famoso arroz que preparaba Antonio, padre de María Dolores.

Su estancia allí duró dos años. Durante ese tiempo, trabajaban de lunes a viernes por la mañana y tarde; y sábado, sólo por la mañana. Al terminar la jornada sabatina, los trabajadores podían ir a sus pueblos para estar con sus amigos y familiares, comprar o coger lo necesario de casa para pasar la semana siguiente.

Todas las tardes, Antonio, que era el encargado de la cocina debido a la buena relación que tenía con los fogones, tocaba con fuerza la puerta de madera que daba a las escaleras, a modo de aviso, para que María Dolores y su hermana Carmela bajaran a freír rebanadas de pan para la merienda, mientras él calentaba el café en la candela. – Éramos las únicas que mi padre dejaba entrar en la cocina, antes que cualquiera de nuestros hermanos –.

Durante el segundo año de su etapa en “Los Olivares”, hubo un tiempo en el que los trabajadores tuvieron que estar encerrados entre las cuatro paredes del cortijo a causa de una nevada que hubo por la zona. El temporal no cesaba y era imposible poner un pie en el campo embarrado. Tampoco era seguro conducir para ir al pueblo, por lo que se aventuraron a sobrevivir unas dos semanas con la comida que ya tenían allí. Menos mal que Antonio y Francisco, su nuevo ayudante de cocina, hicieron una compra general poco antes de este suceso, a la vista de las previsiones meteorológicas que se venían anunciando.

A pesar de que Antonio era el jefe de la cocina, el resto de mujeres se repartían turnos de ayuda todos los días. Sin embargo, María Dolores tenía un problema: *la olla es más grande que tú* –le decía su padre a modo de broma, debido a su complexión menuda. Por eso, con un trozo de madera, Francisco, el ayudante de su padre, en su primer día de trabajo, le hizo una paletilla muy larga para remover la comida y que no se quemara. Así es como se conocieron.

Francisco era un joven apuesto que entró a trabajar en el cortijo “Los Olivares” un año después de que María Dolores y su familia se trasladaran allí. Por aquel entonces, ella tenía 16 años y él 19. Ambos se conocieron e hicieron migas el día que Francisco se instaló, pero no fue hasta el confinamiento que provocó la helada cuando conectaron en algo más que una amistad. Él la apreciaba, le hacía reír, la acompañaba; ella lo recibía, se recreaba en él, se alimentaba de la risa que le provocaban sus historias. Él no encontraba camino en su memoria que no llegara a ella, verla era un sueño hecho realidad todos los días. Ella sentía una atracción involuntaria que podía más que cualquier fuerza física, no evitaba reírse cuando le veía, cuando le pensaba. Así, y entre juegos de cartas de madrugada, miradas por la ventana y escondites secretos, llegó el primer beso. Un “te espero”, un “te ayudo”, un “te necesito”, terminaron en un “te quiero”. Ella se enamoró, él cayó entre sus brazos desde el principio, y la nieve, que no cesaba de caer en el cortijo “Los Olivares”, fue testigo de una historia de amor viva, sana, complementaria y duradera.

–Había días que cenaba con las niñas de mi edad en alguna de las habitaciones. Entonces, siempre me pedían a mí que bajara a por la comida porque sabían que Francisco me echaba el plato más grande, aunque yo no se lo pidiera. – solloza María Dolores, entre risa y añoranza. Lo simple que es el amor.

Años más tarde, María Dolores se casó con Francisco y ambos, gracias al dinero que habían ganado durante toda una vida de trabajo y sacrificio, iban pudiendo salir adelante y mantener a una familia que, de momento, era agrandada gracias a su primer hijo, nacido doce meses después. Al poco, falleció Antonio, padre de María Dolores, y ella compró la casa de sus padres a sus hermanos, dándole a cada uno su parte proporcional correspondiente. La vivienda era grande, tenía un gran recibidor que daba a una sala de estar situada a la izquierda. Enfrente, unas escaleras llevaban al piso de arriba, donde estaban las habitaciones, y a la derecha, la cocina y una puerta que llevaba a un patio enlosado lleno de flores. Al final de este, había una cuadra que la familia copó rápidamente de animales que ellos mismos criaban. María Dolores tenía entonces 24 años, allá en 1959, fecha en la que algunas corrientes datan el final de la posguerra.

–En aquel tiempo, la vida era algo mejor, porque ya, por lo menos, podíamos comer más o menos bien –cuenta María Dolores. –Verás, que, aun así, mi Manolo, estando en la mili, me llamaba para pedirme *dineros*, porque no quería poner a mi madre en el compromiso de pedirle lo que no tenía. Es que sus ahorros lo habían gastado en

sacarnos a nosotros adelante-. María Dolores le daba a su hermano algunas pesetas que le sobraban de trabajar en el campo y alimentar a sus hijos, y su madre, cuando él venía de permiso, pedía por las casas para poder aportarle algo más. –Si en la tele o en los libros lo dicen, así será, pero yo nunca me enteré de cuándo acabó la posguerra – concluye a su nieto, que aguanta la mirada como puede, invadido por el sueño, con la cabeza reposada sobre los dos brazos en cruz apoyados en la mesa.

Cuando María Dolores se dispone a sacar un álbum de fotos de un cajón de la cocina para enseñárselo a Daniel, se da cuenta de que se ha quedado dormido y lo vuelve a dejar guardado. –¿Llevará mucho rato así? –se pregunta a sí misma.

Ella sigue viviendo en la casa que compró a sus hermanos, es madre de cuatro hijos, abuela de ocho nietos y bisabuela por primera vez. A todos atiborra de albóndigas cada vez que la visitan. Por suerte, duerme en una cama con somier y cuatro patas, se arropa con un buen edredón y no tiene callos en las rodillas de limpiar el suelo de casas ajenas. Va a todos lados por su cuenta, a manos de un andador y, aunque a veces necesite ayuda, posee una memoria que ya quisieran algunos chavales de veinte. Desde aquella vez, no fue más a robar zanahorias al huerto de “El gordo”.

Uno de sus hijos y tres de sus nietos también pertenecen a la Centuria Romana de su pueblo. Junto a ellos va, alguna vez, a recordar aquellos momentos con su hermana Carmela. En los días en los que se encuentra nostálgica, saca el casete del cajón y habla con su madre un rato. No se cansa de escuchar a su padre. Tampoco puede evitar que una gota de agua cristalina se desprenda de sus ojos azules y caiga sobre su mejilla cuando ve la foto del que le falta. Francisco se fue hace un largo tiempo. Ella sigue estando enamorada.

Ya no tiene que darle dinero a su hermano. Cada uno de ellos, los que están y los que la dejaron, tiene hijos que les ayudaron a llevar una vida cómoda. Se llaman frecuentemente, y eso les basta.

El de María Dolores es un ejemplo de vida dedicada a la superación y al esfuerzo, aplicable a cientos de miles de personas que sufrieron las penurias de la posguerra. Ellos son los padres y abuelos de todo un país; los cimientos que deben permanecer intactos. Son la historia, la tradición y los conformadores de la cultura. Ellos son el aceite, el pan, el puchero y el potaje. La lágrima de emoción, la ternura convertida en beso, “llámame cuando llegues”. El patio de flores, los azulejos de mosaico, el dinero a hurtadillas, el

televisor antiguo, las fotos de comunión. La felicidad en Navidad y la añoranza en Semana Santa.

También son el presagio y la preocupación, la obstinación, el empeño o la mala cabeza. Pero se han dejado el alma intentando sacar adelante a sus familias. No han tenido nada y lo han conseguido todo. En sus manos y rostro figuran las arrugas de largos años sujetos a un intenso y subyugado trabajo. En sus ojos, sin embargo, brilla una luz de orgullo y amor. Luz eterna por la que hoy se brinda.

El sonido del timbre le hace reaccionar. Es su hija Araceli, madre de Daniel, ha venido a recogerlo. –¿Cómo se ha portado? –pregunta a la abuela. –Muy bien, como siempre – responde. –¿Ha merendado? –Un paquete enterito de galletas y un vaso de leche –sonríe María Dolores. –No sé cómo lo haces, conmigo no se come más de tres – bromea Araceli, mientras coge a su hijo en brazos y se dirige a la puerta. –Tú no le cuentas las historias que le cuento yo –Eso será –responde la hija, mientras le da un beso en la cara a su madre a modo de despedida.

María Dolores, mientras tanto, se vuelve a meter en casa. Se ha hecho tarde y no ha pensado qué hacer para la cena. Bendito problema. Entra en la cocina y, delante de su nevera llena, suspira aliviada. Sabe que nunca ha tenido un duro, pero siempre ha sido rica.

Araceli monta a Daniel en el coche y, con los ajetreos de la carretera, este despierta. –Dormilón, ¿Qué tal la tarde con la abuela? –pregunta su madre. –Bien, ha contado lo de cada día, historias de su infancia que me sé ya de memoria y que no recuerda que contó el día anterior –protesta el chico. –Mejor, así nunca podrás olvidarlas. Siéntete afortunado, y mañana, vuelve a escucharlas sin rechistar.

Habla de la postguerra con su abeto. como fue su vida.